

veían en la educación un medio de enseñar á cualquiera á poseer una conversación agradable, á tratar toda cuestión con inteligencia y crítica, sin profundizar nada, á andar por la calle con elegancia para llamar la atención, ⁽¹⁾ á no balancear los brazos, ⁽²⁾ á levantar con gracia el manto, ⁽³⁾ á comer con la mano izquierda, y no con la derecha, ⁽⁴⁾ á tomar la carne salada con una sola mano, y el pescado, el pan y el asado con las dos. ⁽⁵⁾ Si se mostraban hábiles en estos difíciles juegos de manos, tenían fácil entrada en la sociedad distinguida y el derecho de hablar en todas las esferas en que los hombres instruidos daban el tono. Si sabían además tocar la cítara, la flauta, recitar los versos elegantes con que Homero y Hesiodo contaban las aventuras poco morales de Júpiter y Venus, y otros productos de una imaginación impregnada de mitología; si recordaban otras reglas generales relativas á la vida y algunas sentencias sacadas de poetas gnómicos, si sabían escribir y dibujar, ⁽⁶⁾ eran considerados como modelos de educación intelectual.

Más tarde, bajo la influencia romana, y con la intención de alcanzar del Estado una situación política bien considerada, ó mejor, un empleo lucrativo, se estableció la costumbre de añadir á las materias de instrucción superior un poco de retórica, dialéctica, aritmética, geometría, algo de filosofía y unas cuantas leyes aprendidas de memoria. ⁽⁷⁾

En Roma mismo, donde no se hacía gran caso de la cultura, y donde no se hablaba tanto de ella como en Atenas, la educación no había llegado á este grado de decadencia. Sin duda que se deplora también que en esta ciudad nada costase menos al padre que la educación de sus

- (1) Plato, *Charmid.*, 7, p. 159, b.
- (2) Æschines, *C. Timarch.*, 25 y sig.
- (3) Plutarch., *Virtutem doceri posse*, 2.
- (4) Plutarch., *Lib. educ.*, 7.
- (5) *Ibid.*, *Virtutem doceri posse*, 2.
- (6) Plato, *Republ.*, 3, p. 401, a.
- (7) Lucian., *Anacharsis*, (49) 22. Juvenal., 14, 192 y sig.

hijos. ⁽¹⁾ Sin embargo, se tenía mucho cuidado en la elección de profesor. En los mejores tiempos, y en las familias acomodadas, los padres consideraban á menudo como un deber y como un honor educar por sí mismos á sus hijos, como lo hicieron, según cuentan, Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia, madre de César, y Attia, madre de Augusto. ⁽²⁾ Catón el Antiguo convirtiéndose también en preceptor de su hijo, tanto por avaricia como por orgullo, á fin de que el joven, lleno de ilusiones, no sufriese la vergüenza de que le tirase de las orejas un maestro de inferior categoría. ⁽³⁾ Augusto también llenó, en cierto modo, sus deberes de padre, haciendo instruir á sus hijos en compañía de otros muchos jóvenes. ⁽⁴⁾ En Roma, no descuidaban, pues, por principio la educación de los niños como en Grecia. Pero allí también el sentimiento terreno del romano hizo que su educación se limitase casi exclusivamente á lo que prometía una utilidad inmediata, ⁽⁵⁾ ó á lo que disponía al futuro ciudadano á desempeñar un empleo público con dignidad y nobleza. ⁽⁶⁾ Los mismos autores romanos hacen notar que el signo característico de su educación consistió en estar calculado para que resultase en beneficio de los que podían ser útiles en la vida pública. ⁽⁷⁾

En Roma no se trataba de la verdadera formación del espíritu y de la voluntad, por la sencilla razón de que en aquel pueblo duro no había uno solo que tuviese idea de lo que es el corazón y el espíritu.

Según esto, podemos afirmar sin temor de cometer una injusticia, que antiguamente no tenían idea alguna de lo que es el espíritu. En general, la vida real no ofrece muchas de estas cosas elevadas que tanto pondera la peda-

- (1) Juvenal, 7, 186 y sig.
- (2) Tacit., *Orator.*, 28.
- (3) Plutarch., *Cato*, 20, 6, 7.
- (4) Sueton., *August.*, 48.
- (5) Cicero, *Dialog. orator.*, 1, 34.
- (6) Cicero, *Pro Murena*, 10.
- (7) Horat., *Ars poet.*, 323 y sig. Martial, 5, 56.

gogía. Si ahora ésta no conoce ya lo que es educación ni espíritu, ¿qué irá á buscar en ese baturrillo? La historia de la educación entre los antiguos nos da por esta razón pleno derecho á sostener nuestro juicio. Aprender á utilizar las cosas de la tierra, ser bastante hábil para ordenar bien su vida aquí bajo, poseer un poco de ciencia, de habilidad en la conversación, y cierta destreza, en una palabra, saber apropiarse ciertos conocimientos y ciertas artes que hacen la vida más agradable y más lucrativa, añadir á esto cierta circunspección y cierta elegancia, he aquí lo que el mundo ha comprendido por la palabra *espíritu*,—si es que es permitido aplicar esta palabra á la historia de la civilización antigua,—hasta el momento de la aparición del Cristianismo.

4. Falta de inteligencia en la formación y en la educación moderna.—No pocas veces, al tratar este asunto, hemos pensado en los puntos de íntimo contacto que hay entre la pedagogía antigua y la moderna. Esta última no oculta la unión que existe entre ambas, por el contrario, se vanagloria de ello en todas partes, ya que precisamente considera como su mayor honor el haber vuelto al ideal de la antigüedad, y haberse desprendido del espíritu del Cristianismo, afirmando que sólo por este camino puede llegarse á la verdadera civilización. De aquí que se oiga decir en todas partes: «¡Nada de catecismo en las escuelas! ¿Qué tiene la religión cristiana de común con la educación? ¿Quién podrá educar á los hombres con sólo oraciones? ¿Para que sirve ese cúmulo de fórmulas de fe, con que vuestra Iglesia aplasta á los espíritus? No es extraño que vuestros misioneros, con sus salvajes, y vuestros catequistas, con sus niños, obtengan tan escasos resultados. En vez de empezar por transformar vuestros salvajes en hombres instruídos, civilizados, les enseñáis el disimulo y oraciones que nada tienen que ver con la vida y la civilización. ⁽¹⁾ En vez de hacer de vuestros niños

(1) Marno, *Reise in d. ägypt. Äquatorialprovinz*, 54, 105, 108. Rentzsch, *Handwörterbuch der Volkswirtschaftslehre*, 208 y sig.

hombres honrados, ciudadanos instruídos, madres capaces, los atormentáis, haciéndoles aprender frases tan profundas, que los más hábiles maestros en la especulación apenas comprenderían. ¿Es que un tormento intelectual tan estéril como este puede reivindicar el nombre de educación?»

Conocemos estos reproches; los oímos con demasiada frecuencia; pero les respondemos tranquilamente: «Ahora nos toca á nosotros asombrarnos. ¿Nos preguntáis de qué puede servir todo esto? Pues bien, aun cuando todo esto no sirviese más que para enseñar al hombre, en su tierna edad, que hay cosas más elevadas que él; aunque sólo sirviese para despertar en la niñez la humildad, la modestia, la idea de lo infinito y el deseo de la eternidad, sería ya de un valor inapreciable».

Pero esto tiene aún otro fin, y, á nuestros ojos, el principal de todos. No tenemos porqué hacer de ello un misterio. En todas partes donde podemos obrar con libertad, damos la mayor importancia, en la educación del hombre, primeramente al conocimiento de las verdades de la fe y á la práctica de la religión, y esto porque nuestra primera intención consiste en despertar, aguzar y formar el espíritu.

Con esto hemos tocado otra de las diferencias esenciales que existen entre la pedagogía humanista y la cristiana, y sobre ella vimos ya que la diferencia de miras sobre la necesidad de una disciplina severa en la educación, dependía la mayoría de las veces de la aceptación ó de la negación del dogma del pecado original. Aquí toda la diferencia consiste en saber si se cree que, en resumidas cuentas, el hombre está ó no destinado á un fin sobrenatural. Este racionalismo pedagógico, tan orgulloso y tan pobre de ideas, no hace más que sonreír cuando la abuela dice á su nietecito que no se debe tirar al suelo un pedacito de pan, porque es un dádiva que nos hace Dios, así como cuando dice que comemos, dormimos y buscamos los medios de conservar la salud y robustecernos, para poder servir á Dios y ser dichosos; ese racionalismo considera

como una tendencia embrutecedora del pueblo, el que se le haga rezar para protegerle contra el rayo, la lluvia y los terremotos, y el que se le dé á entender que el trueno es la voz de Dios. Esto es muy comprensible tratándose de un sistema que, si no niega á Dios de una manera general, por lo menos niega la intervención de una providencia divina en las supuestas leyes naturales inmüttables. De ahí provienen, en la pedagogía moderna, esos esfuerzos que se hacen para ahogar en los niños, á la primera ocasión propicia, la fe sobrenatural. Apenas un niño ha pasado algunos años en la escuela, cuando ya empieza á burlarse de su madre, porque hace la señal de la cruz cuando el relámpago surca la nube. «Pero, hijo mío—dice la madre—¿no ves que Dios te amenaza, si no eres bueno?» «¡Ah!—responde el mozalbeta inexperto,—el maestro nos ha dicho que eso no es verdad. Sólo los viejos obran así, porque no saben de qué manera se produce la tempestad.»—«¿Lo sabes tú?»—«Naturalmente que lo sé»—exclama el pequeño abriendo una boca más grande que el cuclillo en su nido, y cerrando los ojos, como el gallo que sabe de memoria toda su sabiduría.—Y empieza á relatar todo lo que sabe: «La tempestad es un choque atmosférico acompañado de descargas eléctricas, choque que resulta de la condensación rápida del vapor de agua contenido en el aire.»

¡Y siempre lo mismo!

Para estas víctimas de la sabiduría escolar, la vida no es otra cosa que el resultado de todos los fenómenos que se designan con el nombre de asimilación y desasimilación. El único fin que se proponen al comer y beber, consiste en favorecer la formación de nuevos tejidos y cuidar de que el oxígeno destruya los alimentos ingeridos y procure medios de respiración. Con esto, llenos de orgullo, se frotan las manos esos modernos profesores, y los padres no pueden contener su alegría, viendo la magnífica educación que dan á sus vástagos llenos de esperanza.

Proponemos ahora esta cuestión. ¿Es esto espíritu? ¿Puede calificarse esto de educación del mismo? Queremos

admitir cuanto humanamente sea posible; pero aquí hemos llegado al último límite. Prescindamos de que el niño no comprende mejor que pudiera hacerlo un estornino ó un loro esa terminología que le enseñan en la escuela. Pero, aunque comprendiese esas frases, ¿qué sacaría en claro de ellas? Lo mismo que si yo, para importunarle, en términos más inteligibles, le dijese: «¡Atención! Voy á decirte algo que te hará al instante mil veces más inteligente que lo has sido hasta ahora. ¿Sabes para qué comes? Para que no sientas hambre ni frío.—¿Sabes cuando truena?—Truena cada vez que relampaguea, y ordinariamente relampaguea cuando la lluvia es abundante.» Seguramente que el niño se echará á reír y dirá: «¡Eso ya lo sabía yo!» ¡Oís la confesión del niño por su misma boca! Con toda la sabiduría, lo mismo sabe antes que después. Ha aprendido muchas palabras, palabras sabias, palabras oscuras; pero no ha aprendido nada de lo que es la cosa en sí misma. ¿Y llamáis á esto formación del espíritu? Ahí no hay más que palabras vacías de sentido, conocimientos superficiales, bagatelas, por no decir mezquindades; pero en todo esto no hay nada que despierte la inteligencia y que eduque, nada que merezca el nombre de inteligencia, á menos que no sea el espíritu de presunción y de jactancia.

Sí, tal educación fomenta poderosamente este espíritu, pero, á pesar de todo su oropel externo y sus aires de erudición, está completamente desprovista de espíritu. Enseñan á los niños á hablar de todo; pero ¿de qué modo? Les hacen creer que todo lo comprenden; pero ¿qué es lo que comprenden? Oyen tocar las campanas en la luna, ven crecer la yerba en el suelo y á las moscas estornudar en las paredes. Saben exactamente lo que Júpiter y Juno hicieron juntos, y cómo nuestros antepasados comían las bellotas cuando todavía eran gorilas. Pero ¿quién les ha dicho lo que es preciso practicar para vivir dichosos en la tierra y hacer dichosos á los demás? ¿Quién les ha dicho que la vanidad es odiosa, que la inmoralidad es un pecca-

do mortal, y la coquetería el principio de la inmoralidad? ¿Quién les ha dicho que la miseria del hombre proviene de su avidez por los goces, y su descontento de la tendencia á no privarse de ninguna satisfacción, á no mortificar sus sentidos, ni ofrecer sacrificios á Dios? ¿No le sería todo esto más ventajoso? ¿Es, pues, tan difícil comprender que no se pueden formar aldeanas y niñas de ciudades, enseñándoles simplemente historia natural, astronomía, mitología y anatomía? Nos reprochan de que, con nuestra educación religiosa, no podemos formar ciudadanos capaces, obreros honrados, ni madres llenas de abnegación. Mas parece que no tenemos necesidad de defendernos de esto. Por ventura, ¿la educación orgullosa que se da en nuestros pensionados, donde los alumnos aprenden á deleitarse ante las estatuas antiguas y con la lectura de poetas modernos, á frecuentar los teatros, conciertos y museos, á maltratar pianos y destrozarse versos, ¿hace jóvenes más virtuosas, madres más hacendosas, mejores maestras y amas de casa? ¿No podríamos redargüir diez veces las mismas acusaciones á los que tanto se complacen en dirigirnoslas?

Pero dejamos todo esto á un lado y contestamos á toda esta pedagogía moderna con los siguientes versos de un antiguo é ilustre poeta:

«Muchas gentes miran las estrellas, y cuentan sobre ellas cosas maravillosas. Yo prefería que me dijese que yerva crece en sus jardines. Si pueden ilustrarme sobre esto, las creeré también en otras cosas.» ⁽¹⁾

Interpretan estas miras como prevenciones nuestras; creen que condenamos la civilización profana, únicamente porque hace más ó menos abstracción de la religión, y afirman que no deberíamos desconocer que realiza cosas muy grandes en el dominio temporal y terrestre. Mucho se equivocan haciendo esta restricción. Sin duda sentimos la carencia de religión que invade la educación. Si por lo menos, con esta educación racionalista, despertasen el buen

(1) Freidank, 19, 1 y sig. (Bezenberger, 84).

sentido, habría siempre medio de entendernos. Pero el buen sentido zozobra aquí como todo lo que es sobrenatural.

Y ¿cómo sería posible que ocurriese esto de otro modo, cuando los mismos educadores dicen, por un lado, que nada les es tan desconocido como el niño, y, por otro, sacan de ello la consecuencia de que es preciso formar al niño desde todos los puntos de vista, con la Antropología, la Etnografía, la Antropometría, la Patología, la Fisiología, la Psicología, la Neurología, etc., etc.; en una palabra, con un cúmulo de ciencias indigestas, que, en conjunto, reciben el nombre de Pedagogía?

Inculcan demasiados conocimientos á nuestros niños; pero no hay más que una desgracia, y es que nadie puede obtener de ellos cosa alguna sensata. ¡He ahí delante de vosotros á los pobres estudiantes, ni más ni menos, que, como dice el proverbio, con los zuecos llenos de paja! Los atracan de ciencia hasta los talones; pero, si los examináis, os persuadís inmediatamente de que todo eso no es más que paja. Andan tan fácilmente como la mala madrastra de Blancanieve, con sus zapatillas ardiendo. No abren la boca más que para mofarse: «¡Oh!, si no te tuvieran á ti y á la cuchara, tendrían que beberse la sopa!» ⁽¹⁾ Pero cuando se trata de actos serios y prácticos, se ven obligados á decir con el poeta astuto: «¿De qué le sirve á un imbécil que la dicha le sea favorable, si, aunque lloviese sopa, carece de cuchara para comerla?» ⁽²⁾

Deberían grabarse estos dos principios en nuestros edificios escolares, pues se tendría entonces una respuesta sensata sobre la moderna formación intelectual, tan indigna de su nombre.

Pero hablemos seriamente de una cosa tan importante como terrible. Falta el espíritu en todo este género de educación, y de aquí que esta educación no forme el espí-

(1) Koerte, *Die Sprichwörter der Deutschen* (2), 4961, e.

(2) Goethe (G. W. 1827, II, 266). Düringsfeld, *Sprichw. der germanischen und romanischen Sprachen*, II, 141 y sig., n. 253.

ritu, y por cuanto el espíritu no se forma, tampoco queda formado el hombre.

No condenamos ciertamente una ciencia justa y permitida, ciencia que esté en su verdadero lugar, y que no ponga obstáculos á fines más elevados.

Desgraciadamente, estas tres condiciones no se encuentran á menudo realizadas en la educación que reina actualmente. Lo que se enseña, no llega al espíritu, ni, con mayor razón, lo penetra y lo educa. En donde estas tres condiciones no se cumplen, no puede tratarse de formación intelectual.

Nadie negará que esta educación racionalista, á la par que cosas peligrosas é inútiles, enseña también muchas excelentes. Pero la tarea de la formación intelectual, ¿quedaría agotada, y no habría más que aprender de las cosas que el hombre debe conocer, una vez que se le hubiese enseñado la composición y la aplicación del estiércol, el esqueleto del pez, las principales plantas venenosas, con algunas nociones de lenguas extranjeras y de latín? ¿Quién será tan ciego que no vea cuán mezquino y superficial es todo esto? La escuela de otros tiempos quizá descuidó demasiado enseñar á cada uno lo que debía conocer y era útil que conociese. Pero el perjuicio, fácilmente reparable, de este sistema no puede compararse con los inmensos inconvenientes de la escuela moderna, la cual, con el primer porqué que se presenta, oculta el único y supremo porqué, y por el fin mínimo, incierto y pasajero de algunos granos de arena, hace olvidar el solo y último fin de todo y de todos, y, por consiguiente, este fin, sin cuyo conocimiento, nadie puede ser bueno y dichoso. Si se comparan los dos sistemas, veráse que, sobrecargando la inteligencia de cosas accesorias, se ha de acabar por aplastarla con relación al cumplimiento de su empresa terrestre. Ahora bien, este es el mal menos importante, aun cuando no deja de ser bastante grande. Bajo este aspecto, el sistema moderno ha faltado completamente al fin que debía proponerse. Desde el punto de vista económico, se re-

clama con razón el desgravamen de la propiedad, y desde el político, se pide igualmente, y con justicia, la disminución de los impuestos, á fin de que la sociedad no perezca. Pues bien, nosotros reclamamos con más energía aún, desde el punto de vista pedagógico, el desgravamen intelectual para la juventud, á fin de que, con este exceso de alimento, la inteligencia humana sana no caiga herida de apoplejía y no perezca asfixiada.

5. Muchos espíritus y poco espíritu.—Después de todo esto, tenemos derecho á decir que, entre las cosas que con más frecuencia se nombran y menos se conocen, hay que citar en primer término la inteligencia. ¡Cuántos hombres hay que, durante su vida, no han pensado en ella ni un minuto! ¡Cuántos hay que no sienten la más mínima pena por haber postergado y aun extinguido en ellos esta hermosa facultad! ⁽¹⁾ Cuando algún individuo pierde la vista física, se muestra inconsolable, y todo el mundo le compadece; pero cuando alguno rechaza con insensatez la luz y la vida misma del espíritu, se ríe de ello, y el mundo le admira como un hombre de valor y de genio. ¿Se puede, pues, también perder la inteligencia?—pregunta el vulgo con escepticismo é ironía.—Se puede desgraciadamente, y con harta facilidad. Esta sola respuesta confirma nuestra doble afirmación, ya que, en primer lugar, el mundo comprende poco lo que es la inteligencia, y luego que, si uno quiere encontrarla, tiene que dirigirse á otros y no á sí mismo.

«Amados míos, no queráis creer á todo espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios»—⁽²⁾ dice el Apóstol de la caridad.—Con esta exhortación, demuestra que conocía el mundo. ¡Oh! ¡cuán necesario es conocer los espíritus de cerca, antes de fiarse de ellos! Muchos espíritus han entrado en el mundo, pero no son los verdaderos: grandes espíritus que viven solamente en la carne, gentes de espíritu que engañan á todos aquellos con quienes se ponen

(1) Thess., V, 19.

(2) I Joan., IV, 1.